

¿Adónde va el Mundo?

¿Adónde va el mundo? Todo ese lío formidable que se ha seguido, no en torno a Ginebra, sino al margen de ella y del traqueado burocrático que no siempre puede evitarse cuando se reúnen muchos diplomáticos, o muchos abogados—que es lo mismo pero en la «política» relumbrante de la diplomacia oficial— ¿cómo va a desahucarse, qué va a alumbrar de él?

No va a ser un nuevo parto de los montes, sin duda. Esperamos todos algo doloroso, o algo grandioso en su sencillez aparente. Meditemos sobre el hecho barcelonés, si es que se puede meditar hoy, y comprendemos la enorme trascendencia de esta gesta sublime de un pueblo tenido por menor de edad, por inculto, incapaz e inepto para vivir progresando.

Un pueblo ha vuelto la espalda a sus amos de siempre, a sus chulos los ha negado el tributo de prostitución que la pistola y el mauser forzaban cada día más. Un pueblo le ha hecho bullfarras al régimen feudal y retardatario cuando éste creía anudada la hombría y la virilidad de Cataluña, de Iberia toda. Este es la realidad que mantiene hoy al público mundial embobado como ante un retablo maravilloso. Día a día se demuestra aquí con hechos que el hombre lo es todo y el rabaño no es más que carnaza para los buitres y los cuervos. En el dilema vital, entre el sable y el bisturí, España ha escogido el bisturí y está cortando todo lo podrido, sañando lo dañado, amputando unos apéndices inútiles y molestos. La operación es dolorosa, pero necesaria para vivir en paz.

En el mundo, los observadores de buena fe, deben tratar de penetrar la verdad del problema histórico español y describirlo, cuanto menos de corazón a la heroica empresa sanadora que llevamos a cabo gentes de todas las extradiencias sociales, unidos ante el peligro de una regresión al abismo de la historia, a la barbarie y la catástrofe medieval que nos quieren regalarse unos cuantos señoritos barbantes y jacarandosos.

Nosotros llamamos la atención de todos los hombres de conciencia liberal y estamos dispuestos a ir dando a la publicidad la documentación que tenemos en nuestro poder y que estamos archivando y clasificando. Nosotros mostraremos, una por una, las pruebas del escarnio que significaron en España las palabras Religión, Gobierno, Justicia, honradez, ciudadanía, caridad...

Después, nuestros hechos dirán quiénes somos y qué pretendemos. A dónde vamos, lo sabemos todos; vamos a enseñar al mundo una lección de humanidad consciente; vamos a realizar una experiencia que sea guía y norma de cómo se puede salvar lo mejor que ha producido el genio del hombre y asegurar un futuro progresivo y dominador de elementos desconocidos, de la energía aun incontrolada, de las fuerzas dormidas, del espíritu que aún no se ha manifestado. Nosotros no contamos un bello sueño, la utopía de un fanático o un imaginativo enfermo; somos hombres de acción, lo hemos sido siempre, y decir acción no es referirnos a una teoría de pistolas sino también acudir al trabajo cerebral, a la tarea creadora de cada día, de cada instante.

Nosotros sabemos que no podemos por menos de influir, en esta hora, en el rumbo de la vida internacional. Ya que todos y cada uno de los países interesados, los obreros que en ellos viven, los intelectuales que pelean sobre la conciencia mundial, se percatasen de lo que se está decidiendo sobre el mapa del planeta Tierra. Si esto se comprendiese, se viese y se viviese como lo vemos y lo vivimos nosotros, desde este rincón de Murcia, qué pocos serían los que tendrían arrastres para jalar a los generales borrachos de la España negra, para

denigrar y desvirtuar la esencia de este movimiento antifascista y antioleatista que la nueva España ha emprendido con tesón y firmeza, con heroísmo e inteligencia. No importa, no obstante, que hayamos sido ignorados—nosotros, los anarquistas— como valor creador y renovador de la vida, si aquí, en el apéndice extremo de la Europa convulsa, podemos con nuestra vida dar vida a todos los pueblos del mundo; muriendo por que los demás vivan mejor, sufriendo por que los demás no sufran, castrificándonos porque no se inerte en un futuro próximo la ensangrentada carne de los países gobernados desde arriba, de los que no pudieran impedir una Gran Guerra orfiteándonos por que no se inerte en un per-Querra que todos tememos y que a ninguno nos conviene.



A la pequeña burguesía

Es francamente inexplicable ese temor de la pequeña y modesta burguesía hacia nosotros.

Que nos teman los acudados, los millonarios, los plutócratas, los terratenientes, es lógico. Porque ellos encarnan la injusticia, representan a la clase de los privilegiados. Pero los modestos burgueses, los pequeños comerciantes o industriales debieran percatarse de que nosotros no somos enemigos sino de los que, explotando el esfuerzo ajeno, han venido acumulando riquezas que pertenecían a sus productores, a los obreros.

En Cataluña, la pequeña burguesía alcanza un porcentaje enorme. Y no queremos desperdiciar su función social. Tenemos la convicción de que en el engranaje de la nueva sociedad que se está gestando, esa pequeña burguesía constituirá una pieza importantísima del mismo mecanismo que la clase obrera va perfilando desde la hora misma que el capitalismo traspasó la fecha del 19 de julio.

Los pequeños comerciantes o industriales provienen casi todos de la clase trabajadora. Lograron emanciparse de la fábrica y de los lugares de trabajo que regentaba el capitalismo, a expensas de su sudor, con un meticuloso espíritu de ahorro.

Si saben apreciar dónde está su lugar, si la modesta burguesía se convence de que su puesto está al lado de los trabajadores, no tiembla por el porvenir. El porvenir es de los que, cimentados en la justicia, se disponen a edificar una vida nueva.

La Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Anarquista Ibérica les invitan a abandonar sus temores. Que nazca en ellos la confianza y que sopan colocrarse en sus puestos, junto al proletariado. Es su deber.